

Recuperar la palabra

Estoy aquí, sentado frente al teclado de mi computadora, y al alzar la vista, docenas de libros jurídicos se apiñan en los anaqueles de la biblioteca como expresión de la enorme construcción normativa del hombre en sociedad.

Y cada vez, parecieran necesitarse más y más porque a diario surgen nuevas contingencias, nuevos incumplimientos.

Desde aquella palabra que tenía potestad soberana, capaz de sobreponerse a cualquier incitación o inclinación a este presente donde, no valen los contratos, las leyes y los tratados, donde todo es incumplible y los intereses individuales se sobreponen a las promesas, no es creíble que pasaran una o dos generaciones solas.

Es que las palabras o son significantes o son sólo ruidos.

Muchos pensadores contemporáneos hablan ya del “retiro de la palabra”.

Si en esta actualidad nuestra, donde la masividad comunicacional invade cada instante de vida, donde la soledad debe ser buscada con esmero porque ya casi no quedan lugares solitarios, paradójicamente comenzamos a sentirnos profundamente solos.

Cuando el hombre se alzó sobre su racionalidad creando la palabra, se dio a sí mismo un impulso superlativo, y la multiplicó en modos y tiempos, en entramado social, en sustituto de la violencia y nacieron los acuerdos y los jurados para resolver conflictos a la luz argumentativa de los derechos y de los reconocimientos.

Y cuando logramos hacer de los derechos humanos, el medio ambiente, la equidad contributiva y las reivindicaciones sociales una agenda cotidiana, sorpresivamente nos encontramos profiriendo discursos vacíos de convicciones.

Entonces, el vecino nos convoca y nos desentendemos, o mentimos que oímos sus palabras, y entonces nos zarandea, grita, gesticula, inútilmente.

Bueno sería que callara y nos dejara con nuestros propios problemas, pero aquél no se cansa y comienza a marchar cortándonos el paso, y allí gritamos, ya tenemos motivo para hacerlo.

En definitiva, nos gritamos mutuamente y aún así, la sordera, que no es orgánica, sino intelectual, persiste tenazmente.

Bueno sería, que volviéramos sobre nuestros pasos recobrando el valor vital de la palabra, atribuyéndole real contenido representativo. Ello aceptando la necesidad del otro, trabajando para la liberación del conjunto, asumiendo el rol substancial en la generación de mundo.

Tarea ésta de necesario avocamiento.

Hemos ido reemplazando poco a poco la violencia por la palabra, nada quedó sin nombrar para que nada fuera imposible de ser dialogado. Pero el problema no es instrumental sino substancial, ya no dialogamos, estamos rígidos en esquemas posturales e ideológicos. Y de qué sirve predicar sin destinatarios, circunstancia ésta que gana aceleradamente adherentes.

Cuando sentimos que hablamos y hablamos, y gritamos, y mostramos las laceraciones de la vida y nada pasa, nada se conmueve, entonces, callamos, **RETIRAMOS LAPALABRA** y **cuando la palabra se retira, la violencia gana los corazones para luego expresarse en forma de violencia en las calles.**

Es que de nada sirven las murallas, ni los policías, ni las alarmas, ni cualquier otro recurso de resguardo ante la violencia desatada en un mundo sin sentidos.

Por eso, asumamos el compromiso colectivo de **recuperar LA PALABRA** como símbolo de entendimiento, de paz y de amor.

Y si no nos interesa el prójimo, hagámoslo por nosotros mismos. Las causas de muchas de las preocupaciones que nos embargan tienen génesis en nuestro ensimismamiento.

De los valores preciados del hombre, la espiritualidad los preside y la palabra es su instrumento de acción, porque Dios que lo es todo, es esencialmente VERBO.

Impidamos el retiro de la palabra, que sea ella la que gane las calles y el medio de expresión idónea de nuestros corazones.

Edgardo Martinez